

Se adivina una sonrisa

Primero fue el ruido de las pisadas torpes, como si los pies se negaran a despegarse del suelo y luego cayeran con todo el peso de la obstinación, después un golpe en algún muro y lo que terminó por despertar a Nathanael fue el rechinado de la puerta de la azotea al abrirse.

Cuando abrió los ojos con brusquedad, le llegó de la misma manera el recuerdo de que desde hace dos semanas sólo tenía un vecino en el edificio. Pensó que no había ninguna razón para alarmarse, pero luego de consultar la hora en su anticuado reloj-despertador de manecillas se le ocurrió que subir a saludar a su vecino a las tres de la mañana no estaba de más. Nunca tendría por qué estar de más.

Se vistió un par de prendas para complementar su escasa pijama y se dirigió hacia la puerta y, casi sin pensarlo, como un reflejo forzado, presionó la boquilla del envase con gel antibacterial y se untó las manos lo mejor que pudo. Abandonó su departamento y se encontró de inmediato frente a las escaleras que conducían a la puerta abierta de la azotea. Le llegó el aire frío de la madrugada oscura cuando todavía le faltaban tres escalones y cuando sintió la cara helada lo asaltó una inquietud: ¿debía haber subido con el cubrebocas?

No se tomó la molestia de regresar sobre sus pasos y menos lo pensó cuando descubrió a su vecino a punto de trepar todo su cuerpo sobre la barandilla que miraba hacia la calle frente al edificio. Ignoró el impulso de correr a detenerlo con un tirón en la camiseta y continuó su avance con la misma calma. Llegó hasta la barandilla, pero procuró guardar una distancia considerable entre él y su vecino. Éste último lo alcanzó a ver por el rabillo del ojo y le advirtió que no intentara detenerlo.

—No te preocupes —respondió Nathanael, con serenidad —, recuerda que la recomendación es mantener un metro y medio en todo momento.

—¡Ja! —vociferó el hombre—. Es justo eso lo que me tiene aquí.

—¿Metro y medio te parece demasiado?

—Un metro y medio de recomendación ha bastado para ser lo que somos ahora. Un metro y medio y todo lo demás ha sido suficiente para sacar lo peor de todos.

—No me parece que esto haya sacado lo peor de nadie —replicó Nathanael—. Es sólo que las circunstancias nos han obligado a guardar lo mejor que tenemos. Sólo mírame a mí: mi respuesta inmediata al descubrirte en esa posición y con esa intención, debió ser el acercamiento, pero he preferido la “sana” distancia... ¿cuán sana puede resultar en este momento?

—Obligarnos a guardar lo mejor no tendría por qué orillarnos a relucir nuestra indiferencia, nuestra insensibilidad, nuestra apatía y egoísmo —dijo el hombre, luego de poner un pie de nuevo sobre el suelo—. Yo no he visto nada más que eso desde que comenzó todo y estoy cansado de pretender que no me afecta.

—No estoy muy seguro de las calles que recorres tú cada día —comenzó a contestar Nathanael—, pero no pueden ser tan distintas de las que yo camino y lo único que yo veo es pánico, inquietud, paranoia y un gran miedo porque no podemos enfrentar esto de la mejor forma que sabemos hacerlo: juntos. Sólo mira nuestro edificio: los estudiantes que lo habitaban decidieron volver a sus ciudades de origen y las dos familias hicieron lo posible por reintegrarse al hogar de papá abuelo o mamá abuela, sólo así se sentían capaces de resistir esta cuarentena que se ha excedido y nos ha excedido.

—¿En verdad no ves el egoísmo en las personas? —quiso saber el hombre, ya con ambos pies debajo de la barandilla.

—No, sólo veo una situación que, en apariencia, nos ha superado y también veo desconcierto. Aún no encontramos la forma de convertirnos en el muro infranqueable que sabemos ser, con estas nuevas reglas del juego que nos limitan a resistir solos, por eso hemos recurrido al instinto de supervivencia, porque ese se adapta a todo, incluso a la reclusión. No es egoísmo, es impotencia.

—¿Y me vas a decir que tú no estás cansado? —preguntó el hombre—. Te he visto llegar cada tarde al edificio y el agotamiento es evidente en tus facciones.

—Sin duda —respondió Nathanael y se giró para ver hacia a la calle—. Cada día me canso y quizá cada vez un poco más, pero es una buena señal, ¿sabes?

—¿El hartazgo?

—No, el cansancio. Es una señal de que te esfuerzas. Significa que lo intentas, que luchas. El problema es cuando te sobran energías al final del día, porque no has encontrado en qué usarlas y sólo te queda malgastarlas, a veces no hay otra opción más que usarlas en construir ideas absurdas como: ¿qué pasará si salto desde un cuarto piso?... sin ofender.

—No te preocupes. No es como que vaya a negarlo —dijo el hombre—, pero entonces, ¿qué es lo que dices?, ¿que si desperdicio mi energía lo mejor es saltar?

—No, para nada —se apresuró a responder Nathanael—. Quizá lo que insinúo lo hago desde mi egoísmo, como lo llamas tú, pero es que no quisiera ser el único inquilino en el edificio.

—¿Qué insinúas?

—La respuesta fácil: que no saltes. Pero otra respuesta, quizá más simple: que busques la forma de que no te sobre energía, que te aferres a algo, a alguna imagen que obligue a esforzarte más.

—¿Una imagen?

—Sí, alguna escena de tus días, de las calles que haces tuyas, de tus tardes, alguna escena que, en la distancia, te sirva como soporte, como recuerdo de que vale la pena seguir. Lo que pido es que busques una, por lo menos mañana.

—¿Y entonces?

—Entonces mañana estaré aquí, si de algo sirve —concluyó Nathanael.

El hombre se mostró resignado, pero se apartó de la barandilla. Le dedicó una larga mirada a Nathanael y, sin decir nada más, se encaminó hacia las escaleras, hacia los primeros pisos, y dejó a la madrugada fría en compañía de Nathanael.

El día siguiente no fue más extraordinario que lo habitual desde que el gran confinamiento había comenzado. Nathanael vio caer la noche desde su ventana y esperó a que la madrugada se impregnara en todos los espacios iluminados por la luz plateada de la luna. Respiró el viento frío y escuchó los pasos casi arrastrados que ascendían por las escaleras y se puso en pos de ellos una vez que estuvo seguro de que habían llegado hasta la barandilla.

Nathanael se acercó al hombre que, con los codos apoyados en el borde de la baranda, le dedicaba una mirada carente de emociones a la calle vacía.

—Hoy no parece tan tentadora, ¿cierto? —preguntó, a modo de saludo.

—Hoy parece tan irrelevante como todo lo demás, eso es todo —respondió el hombre con evidente desconsuelo.

—¿Buscaste la imagen?

—Puedo decirte que, por lo menos hoy, estoy cansado... de haberla buscado y no hallar nada —el hombre se giró para mirar con fijeza a Nathanael y arrojó su pregunta—. ¿Cuál es tu imagen?

—La verdad es que esperaba que tú pudieras encontrar alguna y me la compartieras, ¿sabes? —Nathanael se acercó a la barandilla y paseó con calma la mirada por toda la calle—. Me emocionaba la idea de que pudieras señalarme alguna escena que hasta el momento hubiera sido ajena a mi escrutinio, porque en realidad yo no tengo ninguna. No una concreta.

—¿Qué quieres decir? —el hombre se mostró alterado.

—Quiero decir que yo me aferro a algo que quizá no está ahí. Algo que no he visto en algún tiempo y, si acaso, sólo puedo adivinar: una sonrisa debajo del cubrebocas.

—Una ilusión, eso es todo. Te aferras a una simple ilusión.

—¿Alguna vez has tenido algo más que eso? —le cuestionó Nathanael.

—¡Por supuesto que he tenido más que ilusiones! Antes de que empezara todo, lo que tenía era algo real. No necesitaba buscarlo, estaba ahí. Siempre estaba ahí.

—No, lo que teníamos antes de esto eran sólo ilusiones —comenzó a explicar Nathanael—. La ilusión del control, por ejemplo. La ilusión de creer que todo lo que teníamos iba a terminar o cambiar sólo cuando nosotros lo decidiéramos. Pero hemos aquí, ¿no?

—Nunca hemos tenido nada, ¿eso quieres decir? —preguntó el hombre, confundido.

—Creo que lo único que podemos tener ahora es lo más valioso que hemos tenido siempre: la ilusión. Porque después, cuando todo esto termine, lo único que tendremos será lo que nos quede debajo del cubrebocas. De nosotros dependerá si es un gesto construido con la ilusión o carente de ella. Al final será todo lo que tendremos para reconstruir lo que añoramos. No tendremos más: la ilusión de la

reconstrucción o la desesperanza. Por eso me aferro a esa sonrisa que quizá no esté, porque mientras la pueda imaginar en el rostro ajeno, puedo estar seguro de que yo no la he perdido.

El hombre contempló a Nathanael, empapado de madrugada y frío, y luego miró de nuevo hacia la calle. No podía recordar una noche de sábado tan silenciosa.

—¿Y mientras tanto? —inquirió al fin.

—Mientras tanto esto. Un metro y medio de distancia y nada más. Sin romper vínculos, sin separarnos —Nathanael se permitió unos segundos para mirar todas las ventanas de los edificios cercanos y luego continuó—. Y, si corremos con suerte, cuando todo esto termine se nos habrá quedado la costumbre del metro y medio.

—¿La costumbre de separarnos siempre con esa distancia?

—No, la costumbre de siempre estar a metro y medio al alcance del otro. Si corremos con suerte, no volveremos a separarnos más de metro y medio.

Ambos se unieron al silencio de la calle, de los edificios, de la noche y del mundo al alcance de su vista y así permanecieron hasta que el aguante se los permitió.

El día siguiente fue tan común como podía ser en las circunstancias actuales, pero Nathanael encontró una imagen a la que aferrarse para soportar todos los días venideros. Desde su ventana, antes de que la noche cayera con todo el peso del frío que arrastraba, alcanzó a reconocer a su vecino que regresaba de cualquier sitio. El cubrebocas le ocultaba la mitad del rostro perlado por el sudor, pero Nathanael no tuvo que adivinar lo que había debajo. No hacía falta imaginar que estaba ahí, porque la verdad es que estaba ahí: un gesto construido con la ilusión.